



BLANCOS, BLANCOS.

Quemaron vivo a un hombre.

¿Dónde?

En la nación modelo, en la tierra de la libertad, en el hogar de los bravos, en el pedazo de suelo que todavía no sale la sombra proyectada por la horca de John Brown: en los Estados Unidos, en un pueblo de Texas, llamado Rock Springs.

¿Cuándo?

Hoy, en el año décimo del siglo. En la época de los aeroplanos y los dirigibles, de la telegrafía inalámbrica, de las maravillosas rotativas, de los congresos de paz, de las sociedades humanitarias y animalitarias.

¿Quiénes?

Una multitud de "hombres" blancos, para usar del nombre que ellos gustan; "hombres" blancos, blancos, blancos.

Quienes quemaron vivo a ese hombre no fueron hordas de caníbales, no fueron negros del África Ecuatorial, no fueron salvajes de la Malasia, no fueron inquisidores españoles, no fueron apaches de pieles rojas, ni abisinios, no fueron bárbaros escitas, ni trogloditas, ni analfabetos desnudos habitantes de las selvas: fueron descendientes de Washington, de Lincoln, de Franklin; fue una muchedumbre bien vestida, educada, orgullosa de sus virtudes, civilizada; fueron ciudadanos y "hombres" blancos de los Estados Unidos.

Progreso, Civilización, Cultura, Humanitarismo. Mentiras hechas pavesas sobre los huesos calcinados de Antonio Rodríguez. Fantasías muertas de asfixia en el humo pestilente de la hoguera de Rock Springs.

Hay escuelas en cada pueblo y en cada ranchería de Texas; por esas escuelas pasaron cuando niños los

"hombres" de la multitud linchadora, en ellas se moldeó su intelecto; de ahí salieron para acercar tizones a la carne de un hombre vivo y decir días después del atentado que han hecho bien, que han obrado justamente.

Escuelas que educan a los hombres para lanzarlos más allá de donde están las fieras.

NOTA.—Antonio Rodríguez fué amarrado de un poste, bañado en petróleo y quemado vivo por una turba de salvajes texanos, el día 3 de noviembre de 1910.